

que se encuentran en sociedad, siempre cortés, siempre de buen humor. Todo lo que era bello ó que proporcionaba un placer la entusiasmaba. Tenía también muy desarrollada una facultad que no se encuentra entre personas de cierta edad si no cuando son fundamentalmente buenas: la facultad de gozar al ver divertirse á la juventud. Su hija, por el contrario, era seria ó mejor indiferente y pensativa. No había en ella la menor huella de esa arrogancia que se encuentra de ordinario en las muchachas hermosas que permanecen solteras. Cuando quería estar alegre, su alegría desentonaba, sea que se burlase de sí misma ó de la persona á quien hablaba.

Me sucedía á veces que me quedaba sorprendido al preguntarme lo que Eudoxia quería decir con frases como la siguiente: «¡Qué linda soy! sí, parece increíble, ¡todos están enamorados de mí!

La madre era muy activa y andaba siempre atareada; la hija no hacía nada casi nunca. No solo no le gustaban las labores femeniles, ni el cultivo de las flores sino que ni siquiera se ocupaba de su persona, y cuando le llegaban visitas, siempre se veía obligada á escaparse para irse á vestir. Una vez arreglada volvía al salón muy hermosa á pesar de la falta de expresión de sus ojos y de su sonrisa, defecto común á todas las caras demasiado regulares.

Su perfil fino y frío y su hermosa presencia parecían decir: «Venid y miradme; os lo permito.»

No obstante la vivacidad de la madre y el aire indiferente de la hija, algo os decía que la primera no había amado nunca y no amaría nunca más que el lujo y el placer, mientras que la segunda tenía uno de esos temperamentos que una vez inflamado se sacrifican durante toda su vida por el objeto de su amor.

CAPITULO LXXIII

El matrimonio de mi padre

Mi padre tenía cuarenta y ocho años cuando contrajo segundas nupcias con Eudoxia Epiphane.

Creo que durante la primavera, cuando volvió al campo con las niñas, mi padre se hallaba en aquel estado de ánimo propio de los jugadores cuando hacen alto, después de haber ganado mucho. Mi padre comprendió que le quedaba aun una buena parte de su fortuna, y que en vez de arriesgárla á los naipes, valía más gozar de ella y procurarse placeres de otro género. Estábamos en primavera, poseía una gruesa suma con que no había contado, estaba solo y se aburría. Me imagino que al hablar de negocios con Jacob y al recordar el interminable pleito con los Epiphane y á la bella Eudoxia, á quien no había visto desde hace mucho tiempo, le había dicho á Jacob:—«¿Sabes, Jacob, cuál es el mejor modo de cerrar este pleito? Ya tengo gana de no pensar más en aquella malhadada tierra, que carguen con ella si la quieren. ¡Eh! ¿qué te parece?—Me parece ver los dedos de Jacob agitarse en sentido negativo detrás de la espalda y lo oigo esforzarse en demostrar que la razón es nuestra.

Pero papá mandó enganchar, endosó su frac color de aceituna de última moda, se peinó esmeradamente los cabellos, echó sobre su pañuelo unas cuantas gotas de agua de olor y se fué á casa de los vecinos, entusiasmado á la idea de obrar á lo gran señor y más aún con la esperanza de ver á una hermosa joven.

Más tarde supe que el día de su primera visita papá no encontró al hijo Epiphane que visitaba los campos, y quedó solo con las señoras. Me parece verlo deshacerse en

cortesías, dando pataditas en el suelo con sus zapatos sin tacón, silbando ligeramente al hablar, poniendo ojos tiernos y fascinando en una palabra á la madre y á la hija. Me parece ver también á la alegre viejecilla enamorarse en seguida de él, y á aquella hermosa estatua de la hija animarse ante su vista.

Como he visto desde aquella época á papá muy á menudo en casa de los Epiphane, puedo describir aquel coloquio como si hubiese estado presente.

Liubotskha me dijo que antes de mi regreso y del de Volodia, no pasaba un solo día sin que papá fuera á ver á los Epiphane, mostrándose muy alegre á la vuelta. Con su método de hacer las cosas, esto es usando mil galanterías y sabiendo al mismo tiempo mostrarse natural y elegante, mi papá ora iniciaba una partida de caza ó de pesca, ora unos fuegos artificiales, y los Epiphane representaban siempre el papel principal.—«Habría sido aún más bonito, —decía Liubotska,—sino hubiese sido por aquel insoportable Pedro Vassilevitch, que bufaba, murmuraba y lo enredaba todo.»

Después de nuestra llegada, los Epiphane habían venido sólo dos veces, y nosotros no habíamos ido á su casa sino una vez sola.

Desde la fiesta de San Pedro, que eran los días de papá, día en que vinieron juntos con mucha gente, sus relaciones con nosotros cesaron del todo, pero papá seguía siempre visitándoles.

En las pocas ocasiones que ví á papá con Eudoxia, noté lo siguiente: El se mostraba siempre en aquel estado de hombre feliz que me había chocado tanto desde el día de mi regreso. Tan alegre, tan joven, tan lleno de vida se mostraba, que su felicidad irradiaba sobre cuantos estaban á su alrededor. Seguía á todas partes á Eudoxia, ora colmándola de cumplimientos tan insulsos que yo me avergonzaba por él, ora mirándola sin hablar, y en este caso su tosecita y su *tic* tenían no sé qué de afectuoso y de sa-

tisfecho; ora hablando en voz baja, sonriendo. Todo esto sin abandonar nunca aquel aire peculiar suyo de hacer las cosas *en broma*, que conservaba aún en los momentos más serios.

Eudoxia Vassilevna parecía reflejar la felicidad de mi padre. Se veía brillar el contento en sus grandes ojos celestes, á excepción de cuando se sentía vencida por tal exceso de timidez que yo no me atrevía á mirarla. En esos momentos no se podía volver los ojos ó hacer un movimiento sin que ella se asustase. Le parecía que todos la miraban, que todos se ocupaban de ella para criticarla en todo. Miraba con ojos extraviados á los circunstantes, se sonrojaba ó palidecía alternativamente, hablaba en alta voz y con franqueza, decía simplezas, y no se daba cuenta de ello; conociendo que todos, incluso papá la escuchaban, se sonrojaba más aún. Mi papá, sin embargo, en aquellos momentos, pasaba por alto las necedades y se ponía á toser con aire apasionado, contemplándola con feliz orgullo.

Noté también que aquellos accesos de timidez asaltaban á Eudoxia Vassilevna á veces sin motivo alguno, pero casi siempre cuando se hablaba delante de papá de una mujer joven y bella. Los continuos cambios de humor de Eudoxia, sus tránsitos rápidos de la tristeza á una alegría forzada, el hábito de servirse de frases que eran peculiares de papá, todo esto, si no se hubiese tratado de un padre, o que él hubiese sido menos avanzado en edad, me habría debido ilustrar sobre el sentimiento que existía entre ambos. Pero yo no tuve la menor sospecha, ni siquiera cuando ví que papá, habiendo recibido una carta de Pedro Vassilevitch, se quedó todo desconcertado y dejó de hacer sus visitas á nuestros vecinos.

A fines de Agosto, volvió de nuevo á casa de los Epiphane, y la víspera del día en que debía yo partir con Volodia á Moskou, nos anunció su matrimonio con Eudoxia Vassilevna Epiphane.

CAPITULO LXXIV

Cómo recibimos la noticia

El día anterior á la comunicaci3n oficial, todos los de la casa conocían ya la noticia y cada uno la comentaba á su modo. Mimi no sali3 de su habitaci3n y estuvo llorando todo el día; Catalina la acompañó y no se dejó ver más que á la hora de comer, apareciendo á la mesa con cierto aire ofendido, que seguramente había tomado prestado á su madre. Liubotshka estaba radiante y declaró en la mesa que sabía un hermoso secreto que no revelaría á nadie.

—En tu secreto no hay nada de hermoso,—le dijo Volodia, que no mostraba el menor contento.—Si fueses capaz de tener una idea seria, comprenderías por el contrario que es un asunto muy feo.

Liubotshka, asombrada, lo miró fijamente y calló.

Después de comer Volodia hizo un ademán como para cogerme por el brazo, pero se arrepinti3 al reflexionar sin duda que darse el brazo era una seña de afecto, y se limitó á tocarme con codo indicándome con la cabeza que le siguiera al salón.

—¿Tú sabes,—me dijo después de haberse asegurado que estábamos solos, de qué secreto quería hablar Liubotshka?

Pocas veces hablábamos de cosas serias, y estando solos nos sentíamos ambos un poco cortados, pero en aquel momento, por toda respuesta al embarazo que se leía en mi cara, Volodia me miró fijamente en los ojos de un modo que quería decir: «No hay motivo para turbarse; al fin y al cabo somos hermanos, y como se trata de un importante asunto de familia, es deber nuestro hablar con franqueza.»

Lo comprendí perfectamente y él continuó:

—¿No sabes que papá se casa con la señorita Eudoxia Epiphane?

Dije que sí con la cabeza; había oído hablar de ello.

—Es una gran desgracia,—añadió Volodia.

—¿Por qué?

—¡Cómo!—dijo con impaciencia.—¿Es acaso una cosa tan agradable tener por tío un hombre como aquél?... ¡Y qué parentela! En cuanto á ella, por el pronto, sólo sabemos que es una buena señora, pero ¿quién sabe lo que será después!—Para nosotros es lo mismo, ¿qué nos importa? pero está Liubotshka de por medio que pronto deberá entrar en sociedad. ¡No será ridículo ir acompañada de una madrastra que habla muy mal el francés y que no tiene modales! ¡Es una pescadera!—concluyó Volodia muy satisfecho de esta palabra: «pescadera.»

Me causaba un efecto indefinible el oír á Volodia censurar con tanta sangre fría á la elegida del papá, pero pensaba por otra parte que tenía razón.

—¿Pero cómo puede casarse papá?—pregunté.

—Dios lo sabe. ¿Quién comprende nada de este asunto? Yo sé tan sólo que Pedro Vassilevitch lo ha obligado á casarse con ella haciéndole intimaciones formales; sé que papá al principio no quería saber nada, pero después se le ha metido en la cabeza ese capricho, ¡una idea caballeresca! ¡quién sabe! Ahora es cuando empiezo á conocer á nuestro padre.

Este nombre de *padre*, en vez de papá, me hizo daño.

—Es un hombre excelente,—prosiguió Volodia,—bueno é inteligente, ¡pero de una ligereza! Una veleta... no puede ver á una mujer sin enamorarse; ¡es increíble! Sabe que no ha conocido una sola de la que no se haya enamorado. ¡Hasta Mimi!

—¿Qué dices?

—Digo que he sabido hace poco tiempo que estuvo enamorado de Mimi, cuando ella era más joven. Le dedicaba

versos, y ha mediado algo entre ellos. A Mimi le dura aún la ilusión.

Volodia prorrumpió en una carcajada.

—¡No es posible!—exclamé asombrado.

—Lo importante,—respondió Volodia que había recobrado su seriedad,—es nuestra familia, para la cual resulta poco beneficioso este casamiento! Sin contar que Eudoxia tendrá seguramente hijos.

Me asombró tanto el buen sentido de Volodia y su previsión, que no encontré nada que responder.

En aquel momento vino Liubotshka á unirse con nosotros.

—¿Luego lo sabéis todo?—dijo muy alegre.

—Sí,—respondió Volodia.—Una cosa sola me choca, Liubotshka. Tú no eres ya una niña; ¿cómo puedes felicitarte de que papá se case con una nulidad?

La fisonomía de Liubotshka se nubló.

—¡Volodia! ¿por qué es una nulidad? ¿Cómo te atreves á hablar así de Eudoxia? Desde el momento en que papá se casa con ella, quiere decir que vale algo.

—Bien. Una nulidad... es una manera de hablar; pero...

—No hay pero que valga,—interrumpió Liubotshka animándose.—Nunca te he dicho yo que esa señorita de la que estabas tan enamorado, fuese una nulidad. ¿Cómo puedes hablar de ese modo de papá y de una señora tan simpática? Aún que seas mi hermano, mayor te digo que calles... ¡Eso no está bien!... ¡Chitón!

—¿No puede tener uno su opinión propia?...

—No,—interrumpió de nuevo Liubotshka,—no es permitido juzgar á un padre. Mimi puede hacerlo, pero no tú, que eres el primogénito.

—¡Tú no entiendes nada de nada!—dijo Volodia en tono despreciativo.—¿Luego para tí es muy hermoso el que una señorita Epiphane venga á ocupar el puesto de mamá?

Liubotshka calló un momento y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Sabía que eres orgulloso,—dijo al cabo,—pero no te creía tan malo.

Y se fué.

—¡Buen sofión!—dijo Volodia con ademán tragicómico. ¡Tomáos el trabajo de raciocinar con las chicas!—añadió como echándose en cara el haberse humillado hasta el punto de discutir con Liubotshka.

Al día siguiente por la mañana hizo mal tiempo, y ni papá ni las chicas habían bajado aún á tomar el té, cuando entré en el salón. Se sentía la proximidad el otoño; durante la noche había llovido y el cielo estaba cubierto de nubes; el sol, ya bastante alto, parecía un disco luciente. Soplaban un viento húmedo y la lluvia había formado grandes charcos de agua en el terrado, donde la tierra parecía aún más negra. La puerta del jardín, que estaba abierta, batía sobre sus goznes de hierro, y las alamedas del jardín estaban llenas de fango. Los viejos abedules, de ramas ya desnudas, los saúcos se doblaban hacia un mismo lado bajo el soplo del huracán que parecía querer arrancarlas todas de raíz. En la alameda de los tilos, remolinos de hojas amarillentas se formaban á cada momento hasta que, mojadas y más pesadas, se detenían en el suelo húmedo ó en el prado que se había vuelto de un verde más obscuro bajo la lluvia.

Yo pensaba en el casamiento de mi padre y lo consideraba desde el punto de vista de Volodia. El porvenir de nosotros, y de mi padre mismo, no me presagiaba nada bueno. Me desesperaba la idea de que una extraña, y lo que es peor una *mujer joven*, ocupara de pronto, sin tener derecho alguno para ello, un puesto entre nosotros. ¡Y qué puesto! ¡Una joven cualquiera ocuparía el puesto de mi mamá! Estaba triste y mi padre me parecía cada vez más culpable. Oí su voz y la de Volodia, y no queriendo en aquel momento ver papá, salí. Mi hermana me llamó, anunciándome que papá quería hablarme, y tuve que acudir al llamamiento.

Estaba de pie en el salón, apoyado con una mano en el piano y miraba hacia la puerta por donde entré; tenía un aire lleno de impaciencia y de solemnidad al mismo tiempo. Su rostro no conservaba ya la expresión de felicidad que le había notado en los meses últimos; estaba, por el contrario, muy triste.

Volodia se paseaba de un lado á otro del salón, fumando su pipa.

Me acerqué á mi padre y le dí los buenos días.

—Y bien, amigos míos,—dijo con resolución y levantando la cabeza con el gesto impaciente propio del que va á decir cosas desagradables de las que no cabe arrepentirse.—¿Supongo que sabéis que me caso con Eudoxia Vassilevna?

Calló por un momento y luego prosiguió:

—Tenía la intención de no casarme, después de haber perdido á vuestra madre, pero... (se detuvo por algunos segundos) pero... el destino no lo ha querido. Eudoxia es una excelente muchacha, no muy joven. Espero, hijos míos, que la amaréis, puesto que ella os ama ya de todo corazón. Ha llegado el momento para vosotros (hablaba aprisa, como para impedirnos que le interrumpiésemos), ha llegado el momento para vosotros de partir. Yo me quedaré aquí hasta el año nuevo y volveré aquí con mi mujer (aquí se turbó un poco) y con vuestra hermana.

Yo padecía mucho al ver á mi padre ante nosotros, tan tímido, casi como un acusado, y me acerqué á él.

Volodia fumaba y seguía paseando por la estancia con la cabeza baja.

—Hé aquí, amigos míos, lo que ha decidido vuestro papá,—concluyó mi padre, ruborizándose y tendiéndonos las manos.

Tenía las lágrimas en los ojos, y noté que la mano que alargaba á Volodia, quien se hallaba á la parte opuesta de la estancia, temblaba un poco. La vista de aquella mano temblorosa me hizo daño y me ocurrió el pensamiento,

que me conmovió aún más, de que papá en el año 1812 era militar y que todos le creían muy valiente. Retuve entre las mías su mano grande, surcada de gruesas venas, y la besé. El estrechó con fuerza la mía, y luego tomó la cabeza de Liubotshka y se puso á besarle los ojos. Volodia fingió que se le había caído la pipa, se bajó, se enjugó á escondidas los ojos con la mano y salió, procurando no llamar la atención de nadie.

CAPITULO LXXV

Asuntos del corazón

El matrimonio debía verificarse quince días después, pero la reapertura de los cursos en la Universidad era inminente, y Volodia y yo partimos para Moscov á primeros de septiembre. También los Nekliudof volvieron del campo, y Dmitri—nos habíamos prometido al despedirnos mutuas cartas y no lo habíamos hecho—vino inmediatamente á verme y me acompañó la primera vez á la Universidad.

En aquel invierno me preocupé de asuntos del corazón. Estuve enamorado tres veces; la primera, perdidamente de una señora gruesa, á la que veía en la escuela de equitación Freytag, á donde iba el martes y el viernes. En aquellos días no faltaba, pero tenía tanto miedo de que me viese, iba á colocarme tan lejos de ella, me escapaba con tal prisa de los sitios por donde había de pasar, volvía la cara con tal apresuramiento á otro lado cuando ella me miraba, que nunca logré ver bien sus facciones, y no podría asegurar si era bella.

Dubkof conocía á aquella señora. Me encontraba en el picadero escondido entre los lacayos, que llevaban los abrigos de los amos, y habiendo sabido por Dmitri mi pasión, se ofreció á presentarme á aquella señora. Esta pro posición me causó tal espanto, que huí á todo correr, y la

sospecha sola de que habían hablado de mí á la amazona, me impidió volver al picadero.

Cuando estaba enamorado de personas desconocidas, sobre todo si eran mujeres casadas, me mostraba con ellas cien veces más tímido que con Sonia. Temblaba sobre todo por temor de que la persona amada viniese á conocer mi pasión por ella, porque me parecía que si llegaba á saber el sentimiento que me inspiraba se había de ofender y no me lo había de perdonar jamás.

En efecto, si la amazona hubiese podido leer lo que pasaba en mi alma, cuando la miraba oculto entre los lacayos; si hubiese podido adivinar como en mi imaginación me la llevaba al campo y lo que allí hacía con ella, quizás hubiera tenido razón para considerarse ofendida. Yo no podía sacarme de la cabeza que ella habría de adivinar, en el instante en que me presentasen á ella, todas las locas ideas que me inspiraba.

Por segunda vez me enamoré de Sonia, á quien ví en casa de mi hermana. Hacía mucho tiempo que mi segunda pasión se había desvanecido, pero volví á las andadas un día en que Liubotshka me enseñaba un cuaderno de versos copiados por Sonia. Era el Diabolo de Lermontof. Los pasajes de pasión tétrica estaban subrayados con tinta roja, y la página estaba señalada con una flor. Me acordé de haber visto á Volodia, el año antes, besar la bolsa de su novia. Traté de imitarle, y cuando por la noche me quedé sólo en mi habitación, me puse á mirar aquella flor, la acerqué á mis labios y experimenté un gran placer besándola. Me volví á quedar enamorado, ó al menos así me lo pareció, por algunos días.

La tercera vez me enamoré de una señorita que venía á nuestra casa, y por quien Volodia estaba loco. Según mis recuerdos, aquella señorita no era bella, y sobre todo no tenía nada de lo que podía gustarme. Era hija de una señora de Moscou, muy conocida por su instrucción y por su talento. Era una muchacha pequeña, delgada, con un

perfil delicado, con largos cabellos rubios, y aseguraban que era aún más culta é inteligente que su madre, pero yo no pude formarme un concepto exacto, pues su ingenio y su saber me inspiraban un santo horror. Una sola vez que hablé con ella, sentí las mayores angustias. Sin embargo, el entusiasmo de Volodia, que no vacilaba en manifestarse ante todos, me venció de tal modo, que me creí perdidamente enamorado de aquella señorita. No le dije una palabra á Volodia, suponiendo que le desagradaría que «dos hermanos estuvieran enamorados de una misma chica.»

Y á mí, en cambio, lo que me producía mayor placer era la idea de que nuestro amor era tan puro que á pesar de amar á una misma persona íbamos perfectamente de acuerdo, dispuestos en caso necesario á sacrificarnos el uno por el otro. Debo confesar que Volodia no era precisamente de mi parecer en estar dispuesto al sacrificio, porque estaba tan enamorado que se quiso batir con un diplomático—un verdadero diplomático—que debía, según decían, casarse con aquella señorita. Si yo por mi parte era tan entusiasta por el pensamiento de sacrificar mi amor, esto dependía quizá del hecho de que no me costaba un gran esfuerzo. Una sola vez hablé seriamente con aquella señorita de música alemana y por más que hice, mi pasión se desvaneció por completo una semana después.

CAPITULO LXXVI

Nekliudof

Veía á menudo á la familia Nekliudof, con la que pronto tuve mucha intimidad. Las señoras no salían por la noche y la princesa deseaba ver gente. Le gustaban los jóvenes, los jóvenes «capaces de pasar la velada sin jugar ni bailar». Parece que esta especie es rara, pues yo no encon-

traba nunca ninguno, aun cuando iba allí casi todas las noches. Me había acostumbrado á aquella familia y á sus cambios de humor, comprendía muy bien sus recíprocas relaciones, estaba habituado á la casa y á los muebles y cuando no había personas extrañas me sentía tan bien como en mi casa, á excepción de cuando me encontraba á solas con Vareneka. Me pareció que en su calidad de muchacha fea debía suspirar porque yo me enamorase de ella.

Este inconveniente sin embargo era menor, porque Vareneka tenía un carácter tal que hablaba con la misma indiferencia conmigo como con su hermano ó con Liubov Sergueievna, tanto que me acostumbré también por mi parte, con tal libertad de espíritu hacia ella como hacia otra persona cualesquiera, á quien se puede hacer comprender, sin vergüenza ni peligro, el placer que os proporciona su compañía. Por todo el tiempo que duró nuestra amistad la encontré muy corriente unos días, pésima otros, pasadera, pero nunca se me ocurrió preguntarme si me había enamorado de ella. Cuando me ocurría hablarle, las más de las veces lo hacía indirectamente dirigiéndome á Liubov Sergueievna ó mejor aun á Dmitri. Experimentaba un gran placer en hablar delante de ella, en oír cantar, en saber que estaba cerca, pero pocas veces me preguntaba como habría de terminar nuestra amistad y cuando se me ocurría pensar en esto me sentía contento del presente y me esforzaba sin querer en no pensar en lo futuro.

A pesar de nuestra intimidad, me parecía necesario ocultar mi afecto á los Nekliudof, y especialmente á Vareneka. Me esforzaba en mostrarme diferente de lo que era y de lo que podía ser. Me hacía el hombre apasionado y entusiasta, cuando se daba por supuesto que cierta cosa debía agradarme, lanzaba un «¡Ah! y ¡oh!» y hacía grandes gestos. Al mismo tiempo y en presencia de un hecho extraordinario ó cuando simplemente oía hablar de él, afec-

taba una gran indiferencia. Tomaba el aspecto de un burlón terrible para quien no hay nada sagrado y al mismo tiempo la echaba de observador profundo.

Trataba de parecer lógico en todas mis acciones, exacto en todas las cosas de la vida y lleno de desprecio hacia lo material. Me atrevo á decir que valía yo mucho más que el ser extraño por mí fingido. Los Nekliudof me querían tal como era y afortunadamente para mí no reparaban en mi afectación. Sólo Liubov Sergueievna, juzgándome un egoísta terrible, que no cree en nada y se burla de todo, parecía quererme bien. Cuestionábamos á veces los dos y á menudo se irritaba y profería contra mí frases incoherentes. Su posición con respecto á Dmitri no había variado; sus relaciones eran más extrañas que afectuosas. Dmitri sostenía que nadie le comprendía; que ella le hacía un gran bien y su intimidad apenaba cada día más á toda la familia.

Un día en que Vareneka me hablaba de esta simpatía incomprendible para todos nosotros, me dió la siguiente explicación.

«Dmitri tiene mucho amor propio y gran orgullo. Aunque es muy inteligente desea ser admirado y alabado, queriendo sobresalir sobre todos siempre. *La pobre tía* en la inocencia de su alma y en su admiración hacia él no tiene el tacto de ocultársela. Siendo sincera, no cesa de adularle.»

Por no sé que razón preferí en lo sucesivo ver á Dmitri en el salón de su madre más bien que en la intimidad de nuestras antiguas confidencias.

CAPITULO LXXVII

Mi amistad con Nekliudof

Hacia aquella época, mi amistad con Nekliudof no pendía más que de un hilo; hacía demasiado tiempo que le

conocía para no haber descubierto en él algunos defectos. En la primera juventud sólo podemos amar de un modo apasionado y por consiguiente no amamos más que á las personas que juzgamos perfectas; pero la niebla de la pasión no tarda en disiparse á la luz de la razón. Se comienza entonces á ver la persona amada tal como es en realidad con una mezcla de virtud y de defectos, pero la verdad es que sólo estos nos hieren, y como constituyen para nosotros una sorpresa, los exageramos sin piedad.

El deseo de lo nuevo y la esperanza de encontrar en otra parte la perfección entibian el afecto que sentimos por nuestro antiguo ídolo; hasta nos le hacen aborrecer, abandonándolo, aun sin querer, para correr aquí ó allá en busca de una nueva perfección. Si mi amistad por Dmitri no sufrió esta suerte, no lo debo á otra cosa más que á su afecto obstinado y pedante cuyo origen estaba más bien en la inteligencia que en el corazón, y sobre todo en los escrúpulos que tenía de hacerle traición.

El extraño propósito que nos habíamos impuesto de decirnoslo todo formaba un lazo entre nosotros, porque cada uno teníamos mucho miedo de dejar en poder del otro, en caso de discordia, todas las verdades vergonzosas que nos habíamos confesado mutuamente. Hacía, por otro lado, tanto tiempo que no observábamos ya la promesa que nos hicimos, que ya no era posible la ilusión entre nosotros, lo que nos turbaba, creándonos extrañas relaciones.

En aquel invierno encontraba casi siempre en casa de Dmitri á un compañero suyo de la Universidad, un cierto Bezobedof con quien estudiaba. Bezobedof era un hombrecillo raquítrico y picado de viruelas, con manecitas cubiertas de manchas rojizas y con cabellos rojos siempre despeinados. Sin educación, sucio, descuidado, ni aún tenía el mérito de ser estudioso. Sus relaciones con Dmitri eran tan incomprensibles para mí, como las que éste tenía con Liubov Sergueievna.

La única razón por la cual había podido preferirle á to-

dos sus compañeros y hacerle su amigo, era que no había en toda la Universidad otro más andrajoso que él. Dmitri le había concedido su amistad únicamente por tener el gusto de no sentirse aprobado por nadie. Se veía en sus relaciones con este estudiante el orgullo que dice: «Todos vosotros sois iguales para mí. Yo prefiero á éste y basta».

Me asombraba como pudiese fingir con tal constancia y como aquel desgraciado de Bezobedof toleraba aquella posición embarazosa. Aquella amistad me irritaba mucho, en una palabra.

Una noche fui á casa de Dmitri con la intención de llevarle al salón para oír leer ó cantar á Vareneka. El primero á quien encontré fué Bezobedof y Dmitri me contestó muy secamente que no podía bajar desde el momento en que, como yo veía, tenía visita.

—Y por otra parte, ¿qué hay de divertido allá abajo? Es mucho mejor estarnos aquí charlando.

La perspectiva de pasar dos horas con Bezobedof no era por cierto muy lisonjera para mí, pero no tuve ánimo para bajar solo al salón. Irritado por los modales extraños de mi amigo me tendí sobre una butaca meciéndome sin abrir la boca. Estaba furioso contra ambos porque me privaban del placer de bajar al salón y sólo esperaba que Bezobedof se marchase pronto, pero mi irritación crecía mientras que les estaba escuchando en silencio.

—¡Qué buen compañero! ¡Qué conversación tan amena!—pensaba yo.

Un criado trajo el té y Dmitri tuvo que insistir cinco veces para acerle haceptar una taza á Bezobedof que se creía obligado á rehusar las primeras veces diciendome tímidamente: «Después de usted.» Dmitri hacía esfuerzos para sostener la conversación en la cual trataba en vano que yo tomara parte. Yo estaba callado con aire taciturno.

«No hay que decir—pensé, mientras me columpiaba cadenciosamente en mi poltrona;—con una sociedad tan agradable nadie se atrevería á suponer que me estoy abu-

riendo mortalmente.» Sentía una especie de alegría al atizar dentro de mí mismo este odio sordo contra mi amigo.—«¡Qué imbécil!—me dije.—Podría pasar apaciblemente la velada en familia, pero no, se divierte con esa bestia y las horas pasan y se hace demasiado tarde para bajar al salón.»—Me entretuve desde mi butaca en observar á mi amigo. Sus manos, su postura, su cuello y sobre todo su nuca y sus rodillas me eran tan insoportables é irritantes que habría querido en aquel momento jugarle alguna treta muy desagradable.

Bezobedof se levantó al fin, pero Dmitri no podía privarse de buenas á primeras de un huésped tan precioso y le suplicó que no se marchase todavía; por fortuna Bezobedof no quiso aceptar y se marchó.

Después de haberle acompañado hasta la puerta, Dmitri se puso á pasear arriba y abajo en la habitación echándole una ojeada de vez en cuando.

Sonreía con complacencia y se restregaba las manos, sin duda por la doble satisfacción de no haberse desmentido y de sentirse al fin emancipado de una servidumbre fastidiosa. Yo le detestaba á cada momento más. ¿Cómo tiene valor para pasearse y sonreirse?—pensaba.—¿Por qué estás tan irritado?—me dijo de pronto deteniéndose ante mí.—No estoy irritado—respondí (como se responde naturalmente en tales casos). Siento solamente verte hacer el hipócrita en presencia mía, en presencia de Bezobedof y hasta en presencia de tí mismo.

—¡Qué necedad! Nunca he sido yo hipócrita con nadie.

—No he olvidado nuestro pacto de decírnoslo todo y por lo tanto te hablo francamente. Estoy convencido de que este Bezobedof te es precisamente tan insoportable como lo es para mí. Es un necio y por lo demás Dios sabe lo poco que vale. ¡A tí te gusta darte tono á sus ojos!

—No. Ante todo Bezobedof es un buen muchacho...

—¡Ya lo creo! Como Liubov Sergueievna es una buena

muchacha. Tu amistad por ellos no se deriva de otra causa sino que ambos te consideran como un Dios.

—¡Te digo que no!

—¡Y yo te digo que sí!—rebatí con toda la fuerza que me daba la cólera tanto tiempo contenida.

—No; cuando yo amo á una persona, ni las alabanzas ni las injurias logran alterar mis sentimientos.

—No es verdad—grité, levantándome y mirándolo á la cara con el valor de la desesperación.—No es verdad lo que dices... ¿No me has dicho quizás con respecto á tu hermano?... Pero no... no quiero recordártelo... no sería leal... ¿No me has dicho, acaso?... Te diré como te considero ahora ..

Y me puse á demostrarle que no amaba á nadie, porfiando con él en decirle cosas ofensivas enumerándole todos los motivos de queja que creía tener contra él.

La disputa se había convertido en un pleito terrible. De pronto Dmitri calló y pasó á una estancia próxima: quise seguirle, continuando mis invectivas contra él; pero ya no quiso responder.

Yo sabía que la cólera figuraba en la lista de sus defectos, que él había compilado y de la que procuraba vencerse. Maldije sus listas y sus registros...

Y hé aquí á lo que nos condujo nuestro pacto *de decírnoslo todo y de no hablar nunca el uno del otro con tercera persona*. Nos dejamos arrebatarse, en un exceso de franqueza, á vergonzosas confesiones que enfriaron nuestra amistad y que produjeron el doble efecto de encadenarnos cada vez más estrechamente el uno al otro, mientras que nos separaban moralmente. Aquel día el amor propio impidió á Dmitri á darme la razón en una cosa sencillísima y en el calor de la disputa nos servimos de armas que recíprocamente nos habíamos suministrado, y que nos produjeron heridas terriblemente dolorosas.